

para encontrar en la muerte algún fruto de nuestros trabajos y no llegar con las manos vacías á la celestial morada, es necesario servir al rey de los cielos no menos que al de la tierra.

« Servid pues á este monarca inmortal tan lleno de misericordia, que os agradecerá un suspiro y un vaso de agua dado en su nombre, mas que los monarcas terrestres toda vuestra sangre vertida por su causa; y comenzad á contar el tiempo de vuestros útiles servicios desde el día en que os habeis entregado á un dueño tan benéfico.

« ¿ Y no acudiréis á visitar este triste monumento, ilustres personajes que incluía el ilustre difunto en el gremio de sus amigos? Rodead su sepulcro, oh vosotros todos los que recibiera con diversos grados de confianza el noble guerrero cuyo cuerpo reposa en el ataúd; regad con vuestras lágrimas el fúnebre crespon; y al admirar en tan gran príncipe una amistad tan sincera y un trato tan afable, conservad el recuerdo del varón hazañoso cuya bondad al valor igualaba. Así pueda su memoria fomentar vuestras pláticas, pueda el recuerdo de sus virtudes germinar benéfico en vuestros corazones, pueda su muerte cuya idea inunda vuestros ojos, servir os á la vez de consuelo y ejemplo.

« Por mi parte si me es permitido venir despues de tantos á tributar los últimos deberes á este sepulcro, os diré, oh príncipe digno de nuestros constantes loores é inagotables lamentos, que vivireis eternamente en mi memoria, sin que consiga el tiempo

borrar vuestra imágen trazada, no con esa mirada audaz é impertérrita fisonomía que prometia la victoria, pues no quiero conservar de vos cosa alguna sujeta á la muerte y á destrucción, sino como estábais en ese día postrero bajo la mano de Dios, cuando su luz pareció querer bañar por primera vez vuestro rostro. Tal os veré mas triunfante que en Fribourg y en Rocroi, y gozoso de veros así transfigurado por la célica gloria, diré en acción de gracias estas bellas palabras del discípulo bien amado! *Et hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra* (nuestra fé es la victoria que pone al mundo entero bajo nuestras plantas).

« Gozad, príncipe, de esta victoria, gozad eternamente de tan excelso triunfo por la inmortal virtud de este sacrificio. Acoged benévolo los últimos esfuerzos de una voz amiga, voz que vuestra memoria enmudecerá para siempre. Sí, en lugar de deplorar la muerte ajená, quiero desde este momento santificar la mia propia; dichoso si advertido por estas canas de la cuenta que debo dar de mi administración, reservo para la grey á la cual debo alimentar con la palabra de vida, los restos de una voz decaída y de un ardor casi apagado. »



## XXX

En boca tan elocuente halló la lengua francesa un acento que jamás volvió á encontrar en lo sucesivo, si bien conservóse en cierto modo su eco en la voz de esos egregios oradores que sucedieron sin igualar á varon tan sublime. No en vano se éléva el diapason de la elocuencia de un pueblo, pues si el órgano enmudece, si el orador pasa, el diapason queda. En otros términos el instrumento sobrevive al artista soberano que acertó á pulsarlo, y cuando despunta otro artista, encuentra el instrumento pronto á resonar bajo sus dedos. Tal sucedió en nuestra Francia para con la elocuencia sagrada, ramo precioso de la literatura sacerdotal.

## XXXI

En efecto, del púlpito nació principalmente, bajo Louis XIV, el gusto elevado por la literatura; y es de extrañar que haya escapado á los mejores críticos la poderosa influencia de la cátedra sagrada en

el espíritu literario de una nacion, siendo ésta la única elocuencia accesible al pueblo bajo los gobiernos que carecen de foro ó tribuna popular, la única que engrandezca al orador al paso que ensancha los ánimos de los oyentes.

Convocar al pueblo de toda condicion á una hora dada, reunirlo en un templo lleno de antemano de la magestad de los pensamientos que deberán resonar en sus oídos, abandonarse á la inspiracion, ora polémica, ora lírica, ora extática; hablar sin censura y sin contradiccion de las cosas mas augustas, mas santas, ante un concurso numeroso que no considera al orador no como un hombre, sino como la palabra encarnada; poseer el privilegio de arrastrar á su grado al auditorio desde la tierra al cielo y del cielo á la tierra; verse elevado en esta tribuna sobre millares de dobladas cabezas, y ser el mediador transfigurado entre lo finito y lo infinito; formular dogmas, sondear misterios, promulgar leyes á las conciencias; volver, revolver, amasar en sus manos el humano corazon, para imprimirle terrores, esperanzas, angustias, arrebatos de un mundo sobrenatural; bajar radiante de misericordias divinas ó fulminante de amenazas que excitan estremecimientos pavorosos ó hacer brotar las lágrimas de todo un pueblo: ¿no basta, no sobra una parte de un conjunto de dones tan excelsos para transportar á un orador sagrado mas allá de sus facultades naturales, é infundirle esa *mens diviniór*, esa divinidad de poesía y elocuencia, auge supremo del genio



humano? ¿No hay en todo esto una amplitud, una dignidad, una fuerza, una sublimidad de tonos é imágenes que eclipsan cuanta grandeza, solemnidad y elevacion nos presentan las demas tribunas? Lo único que nos sorprende es que, con tales condiciones de lugar, hora, auditorio, libertad y autoridad sobrehumanas, no haya habido tantos Bossuet como oradores cristianos. Jamás de tan elevada altura hablaron á congregacion tan selecta los Sócrates, Platon, Confucio, Ciceron y Demóstenes.

Tampoco hay que perder de vista que, en esas civilizaciones antiguas, carecia la plebe de semejantes focos de elocuencia; y, si bien se considera, la cátedra sagrada del sacerdocio moderno fué la mas poderosa institucion literaria que pudiese iniciar al pueblo inculto al sentimiento, al gusto y aun al juicio literario, pues naturalmente la muchedumbre convocada en los templos y al pié de la tribuna sagrada, debía adquirir cierto discernimiento en las cosas espirituales, discutir sobre el mérito relativo de los predicadores, y emitir un fallo mas ó menos acertado sobre la superioridad del fondo y de la forma de cada uno de los diversos tribunos sagrados. Al mismo tiempo su habla y oidos debian amoldarse insensiblemente sobre las ideas y estilo de las arengas eclesiásticas, en términos de atesorar cierto caudal literario al salir de esos pórticos do resonó la elocuente voz de la filosofia cristiana. Así la primera literatura de las masas en Francia fué la predicacion, como la segunda la formó el teatro,

pues el pueblo lee poco y escucha mucho. Tales fueron sus dos primeras escuelas de idioma y literatura, cuya tercera debian constituir los periódicos. Ya tendremos ocasion de examinar los efectos de esta prosa cotidiana y usual, grande monetizacion del pensamiento, fenómeno que transformará insensiblemente el mundo.

Nos lisonjeábamos de terminar esta primera reseña relativa al carácter de la literatura francesa en estas dos primeras conversaciones; pero el movimiento y la riqueza del siglo de Luis XIV nos han arrastrado mas allá de los límites que nos habiamos propuesto. Actualmente nos falta el espacio, pero en la entrega siguiente nos reservamos el decir porque no desesperamos de una literatura destinada á realizar no menos obras maestras en el porvenir que en su pasado glorioso.